

**TEJEDORAS, TOPOS Y PARTISANOS. PRÁCTICAS Y NOCIONES
ACERCA DEL TRABAJO DE CAMPO EN LA ARQUEOLOGÍA Y
LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL EN LA ARGENTINA**

Rosana Guber*
Mirta Bonnin**
Andrés Laguens***

RESUMEN

La presencia del analista en “el campo”, o la reunión del investigador teórico y del investigador empírico en una misma persona, es el criterio demarcatorio del métier antropológico y caracteriza a todas las Ciencias Antropológicas. Este artículo examina, por un lado, la trayectoria centenaria de las concepciones y las prácticas con que arqueólogos y antropólogos sociales vienen produciendo conocimiento sobre la realidad empírica pretérita y actual de la Argentina, desde la institucionalización de las subdisciplinas antropológicas a fines del siglo XIX. Por otro lado, analiza cómo los antropólogos mismos fueron definiendo sus especialidades, convirtiendo al trabajo de campo en su marca distintiva, mientras operaban en un escenario atravesado por la antinomia y la persecución política e intelectual.

Palabras clave: Argentina - trabajo de campo - etnografía - antropología social - arqueología.

ABSTRACT

The presence of the analyst in “the field”, or the fusion of a theoretical and empirical researcher in one single being, is a central feature of the anthropological métier and defines every anthropological branch. This paper examines, on one hand, the centennial itinerary of notions and practices through which both archaeologists and social anthropologists have investigated the Argentine past and present, since anthropology started to institutionalize at the late nineteenth century. On the other hand, it analyzes how anthropologists themselves have defined their own

* CONICET, Centro de Antropología Social, Instituto de Desarrollo Económico y Social.
E-mail: guber@arnet.com.ar

** CONICET, Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: mirtabonnin@yahoo.com.ar

*** CONICET, Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca. E-mail: andres_laguens@yahoo.com.ar

expertise, turning fieldwork into their hallmark despite their acting on a stage run by political and intellectual antagonism and persecution.

Key words: *Argentina - fieldwork - ethnography - archaeology - social anthropology.*

INTRODUCCIÓN

El trabajo de campo es la marca distintiva de las Ciencias Antropológicas en su acepción y práctica modernas alcanzando a todas sus subdisciplinas: la arqueología, la etnología, el folklore, la antropología social, la antropología forense y la antropología biológica. Así, y ya desde fines del siglo XIX, la presencia del analista en “el campo” define un modo de producir conocimientos que se diferencia del de otras disciplinas vecinas en humanidades y ciencias sociales. Su impacto en el campo antropológico se manifiesta en la reunión en una misma persona del investigador teórico y del investigador empírico, y en el desafío que los pueblos de hoy y de antaño traen a la reflexión teórica a través de una serie de mediaciones, llamadas “metodología” y “técnicas”, que operan lejos de las seguras aguas del gabinete académico. Pese a que las concepciones y aplicaciones han ido variando en el tiempo, la práctica de campo ha llegado a ser el criterio demarcatorio del *métier* antropológico. La excavación y la prolongada presencia en una comunidad indígena son parte de un sentido común académico que ha alcanzado al imaginario popular sobre nuestra actividad, diferenciándola de los anticuarios, los diletantes, los coleccionistas de piezas y exotismos varios, y la mera tarea especulativa con libros y papeles.

Aunque esta dimensión se haya cristalizado desde fines del siglo XIX, a reparo de las cambiantes modas teóricas, los criterios en torno a qué se entiende por trabajo de campo y cuáles son sus implicancias para el conocimiento no siempre fueron unánimes. En más de 100 años de ejercicio profesional se destacan algunas particularidades que parecen superar las fronteras teóricas, poniendo en duda dichos límites y desafiando la coherencia epistemológica, exponiendo fisuras y vaivenes en las prácticas y teorías, y excediendo los avatares políticos y académicos que tanto han afectado a la actividad antropológica en la Argentina.

En estas páginas proponemos reconocer las concepciones y las prácticas con que arqueólogos y antropólogos sociales han producido sus conocimientos acerca de la realidad empírica pretérita y actual de nuestro país. Al hacer esta distinción subdisciplinaria advertimos que las nociones y prácticas de la “antropología” fueron objeto de varias transformaciones no homogéneas en el espacio, el tiempo y el linaje subdisciplinar. Como veremos, la marca inicial de la arqueología en los modos de aproximarse a la realidad empírica alcanzó a la etnología y al folklore, mientras que la perspectiva socio-antropológica revirtió, también, en la aproximación arqueológica misma. ¿Cuál fue ese camino?, ¿cómo hicieron estos colegas a la vez humanistas, cientistas sociales y naturalistas para hacer del trabajo de campo la marca distintiva de su especialidad?, ¿cómo generaron los métodos con los cuales abordaron campos empíricos tan diversos?, ¿cómo contribuyeron las sucesivas nociones y prácticas del trabajo de campo en los procesos de especialización entre arqueólogos y antropólogos sociales? y ¿cómo vincularon sus respectivos caminos con los cambios políticos, académicos y teóricos que atravesaron a las ciencias antropológicas en la Argentina?

Intentar responder a estas preguntas conlleva un desafío propio de la materia de este artículo ya que, pese a los reiterados intentos por sistematizarlo en patrones de validez, confiabilidad y previsibilidad, el trabajo de campo antropológico guarda la dimensión más humana del investigador: confronta sus propios cánones de académico y ciudadano -no siempre coincidentes- con las realidades inéditas del mundo investigado. Esta particularidad que suele deparar innumerables sorpresas -no previstas por la teoría y la elaboración de gabinete- no siempre se expresa en el texto final. Para dar cuenta de estas complejidades, a menudo enterradas en el silencio o trivializadas en el anecdotario de los pasillos, hemos recurrido a distintas vías que incluyen los acápites metodológicos de los informes finales, los boletines, las cartas y las revistas, los artículos de temática

metodológica y los debates que retoman al trabajo de campo para dirimir cuestiones disciplinarias o de otra índole. En este panorama ocupa un lugar destacado la articulación entre el trabajo de campo y la formación académica, pues los fundamentos del trabajo de campo se vinculan -según la época y las líneas de investigación- con las teorías impartidas en licenciaturas y profesorado, y con los perfiles profesionales corrientes en las ciencias antropológicas en general y en cada una de sus subdisciplinas en particular¹.

DE LA EXPEDICIÓN A LA EXCURSIÓN

En 1936, momento de la fundación de la Sociedad Argentina de Antropología (SAA) las ciencias antropológicas participaban de un conglomerado donde cohabitaban la geografía, las ciencias naturales y la historia que se alojaban en los museos (Podgorny 2002). También en otras latitudes el *Smithsonian* de Washington DC, el *Musée de l'Homme* de París, el Museo Antropológico de México, o el *Museu Nacional de Rio de Janeiro* hacían de la antropología una actividad de “recolección y salvataje” de restos del pasado, extintos o vivientes, que permitía visualizar la analogía formal de los “patrimonios” y su distribución espacial en cartografías.

En lo arqueológico el trabajo de Inocencio Liberani y J. Rafael Hernández realizado desde Tucumán en 1877, las expediciones anuales del Museo Etnográfico a partir de 1906 (Pegoraro 2005, Roca 2006) y las del Museo de La Plata y del Museo Argentino de Ciencias Naturales (Podgorny 2000) habían puesto en práctica la modalidad de las misiones internacionales. Como explorador en *terra incógnita* el investigador solitario iba acompañado, a lo sumo, por un aprendiz, un artista o un fotógrafo y en su estadía de varios meses dirigía a un grupo de peones nativos, eventualmente reacios a excavar las tumbas de los “antiguos”². El investigador hacía sus descubrimientos y redactaba sus diarios, tomaba fotos, hacía dibujos y acuarelas y acumulaba diversos objetos; era un trabajo arduo, incluso fastidioso, como lo expresaban protagonistas tales como Juan B. Ambrosetti, Salvador Debenedetti, Eduardo Casanova y los primeros trabajos de Fernando Márquez Miranda en el Noroeste Argentino (NOA). Estas expediciones respondían a proyectos explícitos aprobados por organismos públicos como los museos, las unidades académicas, el Poder Ejecutivo, o las autoridades provinciales³. El trabajo de campo era fundamental aunque demandara una erogación extraordinaria por fuera de los más habituales gastos de bibliografía y profesores visitantes.

La centralidad del campo se ponía de manifiesto en el título de los artículos, donde constaba el destino de la expedición, como en sus contenidos, que describían no tanto las técnicas empleadas sino la experiencia, los sitios, las observaciones y los hallazgos de campo a analizar en el gabinete, concebido como la continuidad de la exploración y como preámbulo de la publicación y la colección sistematizada en los depósitos y las vitrinas del museo⁴.

Una categoría menor de la expedición era la excursión, convertida luego en una modalidad autónoma de trabajo de campo. En sus inicios fue un desvío hacia una zona vecina del curso troncal de la expedición, a partir de noticias obtenidas de la población local. El investigador emprendía una breve visita al lugar para hacer un relevamiento, es decir una recolección de objetos y fotografías, como actividades de observación y registro incluidas en el concepto de “reconocimiento”. La excursión podía concluir en una publicación independiente cuyo eje argumentativo giraba en torno a los descubrimientos y hallazgos en el terreno en estadías muy breves. Por su carácter prospectivo y espacialmente acotado fue designada también como “exploración”, connotando búsqueda y descubrimiento, algo más próximo a los “sondeos” arqueológicos y contrastando con la “excavación” -la cual implicaba otra escala de remoción mediante el cavado de trincheras atravesando grandes secciones de los yacimientos.

Por mucho tiempo el viaje o “salida” al campo, con fines antropológicos o etnográficos, fue subsidiario de la campaña arqueológica y se limitaba a la recopilación de información cultural sobre

las poblaciones locales, criollas o aborígenes. Estas recopilaciones se especializaban en la cultura material y también en la descripción de fiestas, costumbres y en la compilación de tradiciones orales -especialmente mitos (los etnólogos), leyendas, cuentos y canciones (los folkloristas). Sus principales fuentes eran los pobladores más conocedores, tomados como “informantes clave” -cantores, shamanes-, y la recolección puntual y en lapso breve de una ceremonia o festividad para asegurar el salvataje de culturas en vías de extinción⁵.

El enfoque era similar al que sustentaba Augusto R. Cortazar, bibliotecario de la Facultad de Filosofía y Letras y profesor en Letras, cuando recolectara hechos folklóricos como supervivencia en el noroeste argentino en 1943-1944, o Carlos Vega cuando recopilaba canciones tradicionales en la Puna, o Julio Viggiano Esaín cuando rescataba el cancionero popular en Córdoba, o los etnólogos que concebían a las poblaciones aborígenes como rémoras del pasado precolonial. Todos configuraban un campo antropológico que operaba con la misma lógica del descubrimiento, el hallazgo y el salvataje, concretado en el registro escrito, fotográfico y fonográfico y en los objetos adquiridos y transportados a los museos, materialización eficaz de los procedimientos de salvataje del objeto con integridad física.

Para Romualdo Ardissonne la exploración arqueológica contribuía, igual que la geográfica, a “la dilucidación de los problemas del pasado nacional” (1942:29)⁶. Aparicio y Ardissonne hicieron varios viajes con alumnos del profesorado de Historia a sitios de ocupación precolombina en los valles Calchaqués y en las quebradas adyacentes a Humahuaca. Los estudiantes relevaban algún aspecto en particular -la vivienda, la alfarería, alguna cuadrícula- y redactaban un informe que presentarían en las Semanas Antropológicas de la Sociedad Argentina de Antropología (SAA), o que sería llevado por de Aparicio a las reuniones internacionales. Independientemente de los gastos comunes de alojamiento y movilidad de los profesores, los alumnos costeaban sus gastos y sus pasajes (Guber 2006). Debenedetti y Casanova habían hecho algo semejante en Tilcara alojando a los contingentes en el Instituto Interdisciplinario dependiente de la UBA.

Así alrededor del primer tercio del siglo XX, la expedición como tal pierde continuidad y vigencia dando lugar a las excursiones como forma predominante del trabajo de campo⁷. Las orientaciones teóricas, el contexto político internacional y el contexto académico nacional influyeron en la adopción generalizada de esta modalidad de trabajo.

La perspectiva etnológica, que era la teoría para estudiar el pasado indígena, incluía a lo arqueológico como un capítulo más junto a la información histórica, lingüística y racial que proveía la cultura material de los “pueblos” del pasado (Serrano 1945, Laguens y Bonnin 1998). Con esta perspectiva el yacimiento y las asociaciones que en él se encontraban no eran centrales, el pasado no se explicaba solamente a partir de lo arqueológico sino por la suma de aspectos materiales, lingüísticos, raciales, geográficos, etc. Así, un hallazgo aislado o un objeto de colección eran importantes pues contribuían al conocimiento de una cultura y se los utilizaba a modo de inventario de una cultura. Por lo tanto no era tan necesaria una excavación cuidadosa, ni el registro de las relaciones contextuales y estratigráficas de los objetos, y la excursión resultaba una técnica de búsqueda adecuada por concentrarse en la recuperación de objetos.

Si un objeto contaba con los requisitos de un hallazgo -integridad y procedencia- pasaba a ser considerado como fuente de información cuya adscripción cultural debía inferirse por procedencia geográfica y por analogía etnográfica, utilizando el método comparativo a partir de similitudes morfológicas. Simultáneamente, se incorporó el trabajo de campo “de informantes” -o “tercerizado”- a través del cual participaban de los hallazgos aficionados a la arqueología o habitantes locales de distintas regiones del país que enviaban los objetos, las notas, los planos y las fotografías a investigadores reconocidos de las instituciones oficiales. Estos investigadores procedían a la publicación “científica” del material sin haber pisado el campo, previa constatación de la verosimilitud, coherencia, novedad y exotismo del hallazgo y de que el informante encuadrara en una red de conocidos⁸.

En esa época los arqueólogos empezaron a lamentar las restricciones que la Segunda Guerra Mundial imponía a las importaciones pues afectaban el desarrollo de las investigaciones en el gabinete y en el campo, como lo evidencian las cartas de profesionales o los prólogos de las revistas y los boletines⁹. El contacto con Europa perdió fluidez o se interrumpió por completo, impactando en el acceso a material bibliográfico, el intercambio epistolar personal y ciertos insumos vitales como el combustible y los químicos para la fotografía. Estas condiciones favorecieron aún más las excursiones breves y acaso, el reemplazo del trabajo de campo por otras modalidades.

En el plano académico las excursiones se encuadraron en un contexto nacional distinto al de las expediciones. Desde la década de 1930, aproximadamente, surgieron en distintos puntos del país instituciones especializadas en antropología dirigidas por reconocidos profesionales como Alfred Metraux en Tucumán, Antonio Serrano en Córdoba o Carlos Rusconi en Mendoza (Fernández 1982). Estas instituciones completaban un mapa institucional que se sumaba a los museos provinciales ya existentes, como los de Santiago del Estero y Paraná donde se llevaban a cabo investigaciones regionales¹⁰. La creciente presencia de profesionales en el interior incrementó los conocimientos y también restringió los territorios de exploración, ya que eran estudiados desde las instituciones locales. Paralelamente, la práctica profesional comenzó a descentralizarse de Buenos Aires y La Plata diversificándose en distintos puntos del país¹¹. El trabajo de campo se volvió de carácter más local, enfatizando la búsqueda en las regiones próximas aunque sin un cambio particular en su concepción y criterios.

En suma, la concepción de la arqueología, las circunstancias externas y la institucionalización incipiente de la antropología, en combinación con enfoques teóricos particulares y contextos socio-históricos nacionales e internacionales, incidieron en la generación de nuevas modalidades de trabajo de campo; sin embargo, no alteraron su concepción como una práctica inherente a la arqueología cuyas metas compartidas, más allá de sujetos o corrientes de pensamiento, reproducían las que habían sostenido sus fundadores: conocer el pasado aborígen nacional y americano (Podgorny 2004). Objeto y sujetos de estudio seguían siendo los mismos. En el segundo cuarto del siglo XX el trabajo de campo adquirió una modalidad de alcance local y más breve aplicándose las mismas técnicas de campo que en las exploraciones¹².

DE LA EXCURSIÓN A LA CAMPAÑA

La segunda posguerra introdujo algunos cambios que incidieron en las antropologías mundiales. En el campo de la arqueología nacional se suele señalar la excavación de 1948, realizada por Horacio Difrieri en Payogasta, Salta, como hito de una nueva era en la práctica arqueológica (Fernández 1982, González 1985) pues marcó una renovación en el trabajo de campo y en la concepción de la arqueología, el pasado y los sujetos de estudio. Difrieri (1948) demostró que el tiempo era una unidad recuperable siempre que se empleara una técnica apropiada y que los hechos del pasado -relaciones entre Santa María e incas- podían afirmarse por una vía independiente de las fuentes históricas. Aunque esta renovación, como señalara el mismo González (1985), es innegable también debe considerarse la labor fundamental del propio González para esa fecha y, secundariamente, la obra de Oswald Menghin.

El impacto que produjo en la arqueología el modo de trabajo de campo que introdujera con énfasis Alberto Rex González, luego de su entrenamiento en los Estados Unidos a fines de la década de 1940, centrado en la problemática de la cronología y los contextos culturales parece haber opacado el trabajo de campo que, con otros fines, se venía realizando con anterioridad:

Después de la muerte de AMBROSETTI y BOMAN, la tónica esencial de la arqueología, con la excepción apuntada [en la Quebrada de Humahuaca] parece ser un olvido progresivo por el

trabajo fundamental de la labor en el terreno... Los trabajos de campaña correspondientes a este período no alcanzaron el nivel ni la intensidad de las épocas precedentes. La labor arqueológica, con sus excepciones indudables, pareció encontrarse en una rebusca de la interpretación de los especímenes arqueológicos sobre la base de fuentes escritas, cuyo resultado fue, paradójicamente, la falta de perspectiva histórica con que se contemplaron las culturas del NO (González 1954:79-80).

Para entonces González no sólo introdujo la técnica estratigráfica sino también la excavación controlada en grandes superficies, lo que implicaba otra concepción del registro arqueológico y la cultura, además de los criterios implícitos en Difrieri -quien aún seguía excavando con sondeos. Excavar en grandes superficies divididas en cuadrículas -algo que Márquez Miranda (1962) llamaba "reticulado del terreno en capas finas"- significaba que no sólo interesaban las relaciones verticales o la cronología sino también las horizontales; el campo debía pensarse en términos relacionales, de contextos, de la misma manera como había procedido González con las relaciones materiales de las tumbas de Hualfín (González 1950-1955). Su trabajo en la gruta de Intihuasi en 1955 fue un hito en la aplicación de esta técnica y modo de interpretación del trabajo de campo (González 1960).

En la década de 1950, desde el inicio de sus trabajos en Patagonia, Menghin introdujo otra concepción del registro arqueológico -y obviamente de la cultura- en cuanto a sus relaciones con el ambiente y su potencial informativo sobre la cronología. Con Menghin la escala espacial del trabajo de campo se expandía del sitio a la región, y la escala temporal americana se proyectaba al Holoceno. Las técnicas de campo incluían la excavación estratigráfica como método de análisis aunque la estratificación era -según él- la evidencia de una sucesión de capas y no una estratigrafía cultural¹³; esto iba acompañado con la recolección de superficie analizada en sus contextos geológicos como marcos de referencia cronológicos (Menghin 1954)¹⁴.

Ambos autores, cada uno desde su perspectiva, ostentaban una diferencia crucial con respecto a los trabajos de campo previos pues sugerían orientarse por preguntas. La cuestión ya no era explorar o reconocer un lugar sino responder a interrogantes ligados con la historia de las poblaciones humanas. La caracterización de las culturas arqueológicas, su ubicación témporo-espacial y su sucesión en el tiempo eran los ejes de la investigación y el trabajo de campo debía satisfacer técnicamente esas metas¹⁵.

El hallazgo arqueológico cambiaba su sentido según esta perspectiva pues interesaban ahora las relaciones contextuales, culturales y naturales. Los objetos no eran sólo ítems de cultura sino, dependiendo de sus respectivas líneas de pensamiento, indicadores de culturas o del cambio, de relaciones y difusión.

Para González, en línea con la visión de la antropología norteamericana del momento, el problema del cambio y la evolución de las culturas eran cuestiones centrales que debían apuntar a la síntesis de la evolución de la cultura como un problema antropológico (González 1998). Sus indicadores no eran sólo los objetos aislados sino los tipos culturales en su contexto, ya fuera en sucesión estratigráfica, natural o artificial, y/o en dispersión areal. Por ende el registro de campo de las relaciones contextuales era fundamental, de manera que no podía quedar en manos de terceros sin correr el serio riesgo de disminuir el potencial informativo de los hallazgos. Aunque las características morfológicas de ciertas piezas podían ser indicadores en sí mismos -una punta de proyectil, un bifaz, una pieza cerámica decorada- la idea de asociación y el concepto de observación *in situ* pasaron a ser criterios esenciales del trabajo de campo.

Para Menghin, en correspondencia con el pensamiento histórico-cultural, la cuestión fundamental era la cultura como fenómeno humano, sus manifestaciones locales y el cambio en el tiempo explicado en el esquema de los ciclos culturales. Así un objeto aislado podía ser un indicador, o un elemento diagnóstico, de un ciclo cultural.

La incorporación de González y Menghin a las cátedras universitarias de las nuevas carreras

-u orientaciones- creadas a fines de la década de 1950 en La Plata, Rosario y Buenos Aires tendría gran incidencia en las nuevas generaciones de arqueólogos y antropólogos de la década de 1960, aparte de la influencia que ejercieron en el contexto académico por los propios mecanismos de circulación de ideas y el debate¹⁶.

Campañas y participación de alumnos caracterizaron a la nueva época. En la orientación arqueológica se hicieron viajes prolongados al campo o, como se los llamaba habitualmente, “campañas”. Su meta era la excavación extensa e intensiva de un volumen representativo de sitios en el marco de proyectos de investigación regionales. Alberto Rex González y Víctor Núñez Regueiro diseñaron un plan de investigaciones sobre el período temprano en el NOA y desde las universidades de Rosario y Córdoba organizaron dos trabajos ya clásicos: la excavación en El Mollar de 1960, en Tafí del Valle, y las campañas en Alamito, entre 1957 y 1964. En El Mollar aplicaron el método estratigráfico y obtuvieron el fechado radiocarbónico más antiguo para las culturas agroalfareras del NOA, dato que revolucionó los procedimientos de campo ya que la excavación se convirtió en un medio de corroboración, no tanto de descubrimiento. Se confirmaban así esquemas previos realizados con otra metodología como la seriación de tumbas.

La participación de alumnos enrolados en la carrera antropológica habría de marcar un nuevo estilo de trabajo de campo, con instrumental *ad hoc* y equipos numerosos de jóvenes en formación, modalidad que continúa hasta la actualidad. En su gestión como Director del Instituto de Antropología de Córdoba Núñez Regueiro se preocupó especialmente por aprovisionar a la institución con equipamiento específico de última generación: brújulas Brunton y taquimétricas, altímetros, equipos de fotografía reflex, cucharines, escobillas, zarandas, carpas canadienses, bolsas de dormir, mochilas, catres, etc. A través de la cátedra los alumnos se incorporaban al trabajo de laboratorio y de campo; se los entrenaba antes de iniciar la campaña para que comprendieran el sentido de las actividades que les serían requeridas y se familiarizaran con las técnicas y con los problemas en estudio. El equipo, de unos doce integrantes entre hombres y mujeres, se organizaba con responsables de excavación, permanecía un tiempo prolongado en el campo y proseguía en el laboratorio.

Este modo de realizar trabajo de campo se formalizó en la primera Escuela Práctica de Campo creada en 1964, en la carrera de Historia y el Instituto de Antropología de Córdoba, por Núñez Regueiro bajo la inspiración de la experiencia de Rex González durante su formación en Estados Unidos en la escuela de campo de Point of Pines, en Arizona bajo la dirección de Emile Haury. Esta Escuela Práctica de Campo sólo duraría hasta la intervención de las universidades nacionales en 1966. En Rosario también se impulsó la formación de equipos de investigación incorporando a los alumnos a proyectos de investigación integrales, como el del Valle de Santa María que dirigió Eduardo Cigliano. La experiencia incluyó, además, un estudio antropológico, la prospección regional y la excavación de sitios en función de problemas (Tarragó 2003). En La Plata González alentaba un proyecto similar para Laguna Blanca aunque sus resultados no fueron publicados.

En la orientación arqueológica de la Licenciatura en Antropología del Museo de La Plata el viaje de campaña operaba como una asignatura obligatoria del plan de estudios. La estadía mínima era de un mes, estaba supervisada por un orientador y ocurría al iniciarse el tercer año con la materia “Métodos y técnicas de la investigación arqueológica” en la que los alumnos comenzaban a recibir formación en arqueología americana y argentina.

En la UBA, la otra licenciatura autónoma en antropología, los viajes databan de principios de siglo como vimos. Tras cierto *impasse* durante la década peronista las campañas se retomaron en 1956 y cobraron fuerza a partir de 1959, con la nueva carrera. Tanto los trabajos de campo arqueológicos del equipo constituido por Marcelo Bórmida y Oswald Menghin en Pampa y Patagonia, como los pertenecientes a la era del matrimonio Bórmida en norpatagonia y Neuquén, estuvieron integrados por pequeños grupos de alumnos. Esta práctica prosiguió luego con Amalia Sanguinetti de Bórmida cuando quedó al frente de las investigaciones en Patagonia.

TRABAJO DE CAMPO Y LOS COMIENZOS DE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL

En la antropología social la apertura de las dos licenciaturas trajo también nuevas orientaciones. En enero de 1957 Márquez Miranda encabezó una salida con algunos graduados y estudiantes al NOA. Una ex-alumna de Aparicio, Esther Hermitte, se desvió de la empresa mayor por un par de semanas al distrito puneño minero El Aguilar, a 4.000 metros de altitud. En la solicitud presentada a la Facultad, pidiendo autorización para la empresa y fondos para viaje y estadía con un auxiliar, Hermitte proponía estudiar “la forma de vida de las poblaciones mestizas en una comunidad minera” en el noroeste argentino¹⁷. Hermitte contó con Amalia Sanguinetti y con Ana María Mariscotti como asistentes de campo, en 1957 y 1958 respectivamente. Realizó dos breves estadías de un par de semanas donde observó, conversó, entrevistó y administró un cuestionario de 129 preguntas a personal de la mina, a los trabajadores y sus familias. Sus intereses abarcaban el parentesco, la migración, el trabajo, la vivienda, los accidentes y las enfermedades, el esparcimiento, la economía doméstica, las creencias y las ceremonias religiosas. Temas clásicos como los “patrimonios” culturales de las comunidades folk daban lugar aquí a relaciones sociales entre bolivianos, atacameños y funcionarios urbanos, y a las expectativas de los trabajadores acerca de sus condiciones de vida. En agosto de 1958 Hermitte presentó su trabajo en una Semana Antropológica de la SAA bajo el novedoso título “Antropología aplicada y su futuro en la Argentina”, mientras que sus dos asistentes publicaron un artículo titulado “Notas para el estudio de la cultura de la Puna” en *Runa*, la revista del Museo Etnográfico (Sanguinetti y Mariscotti 1958-59). Ambas se referían a Hermitte como una “experta en Antropología Social que ha llevado a cabo una investigación de tipo socio-antropológica en dos oportunidades, en una comunidad minera” (Guber 2006:195).

En Rosario se observaba una articulación semejante entre arqueólogos y posibles antropólogos sociales y una inspiración teórica similar. Doctorado en la Universidad de Columbia, alumno de Julien Steward y compañero de futuros destacados antropólogos sociales en la orientación de economía política -como Eric Wolf y Sidney Mintz-, Alberto Rex González fue un vasto articulador. Su visión integradora de la antropología difería de la oficial de Buenos Aires pues no procuraba la mera reconstrucción de épocas pretéritas por medio de vestigios y “supervivencias” -indígenas y folk- sino el análisis de las relaciones sociales en el pasado y en el presente mediadas por el cambio social. Los estudios de área “a la Steward” permearon a Rosario desde González y desde el Instituto de Sociología de Buenos Aires¹⁸. La obra *Tradicionalismo y cambio social* (Meister *et al.* 1963) sobre el valle de Santa María, en Catamarca, narra todos los pormenores de un proceso de investigación nacido e inspirado por la arqueología que vira a la antropología social, dirigido y teorizado por sociólogos y asesorado por historiadores, geógrafos y economistas. Durante 1959-1960 la relación del equipo de arqueólogos con los baquianos y sus familias generó interrogantes que el equipo buscó transformar en socio-antropológicos. Sin embargo, los únicos referentes para ello provenían del departamento de sociología de Buenos Aires (Meister *et al.* 1963:9, 16) quienes ciertamente inspiraron la hipótesis central y definitiva: “el cambio social en sus distintas formas (industrialización, atracción de los centros urbanos [...]) desorganiza y destruye los modos de vida y de pensamiento tradicionales y las instituciones que los organizan (familia [...] iglesia [...])” (Meister *et al.* 1963:54) y el formato del relevamiento a través de la encuesta. Es notable, empero, cómo las antropólogas rosarinas Susana Petruzzi y Elida Sonzogni añadían observaciones -como que la antropología no sólo provee las bases de la encuesta, que la encuesta no funciona en los medios rurales y que el método de encuesta, creado en EE.UU., es más empleado en ese país y Europa por resultarle más familiar a sus pobladores que a los habitantes rurales de la Argentina, entre otras- que advertían sobre la particularidad del trabajo de campo etnográfico, aunque fuera finalmente subsumida por una perspectiva sociológica culturalista de raigambre mertoniana e inscrita en el paradigma tradición-modernidad de la escuela de Gino Germani en Buenos Aires (Garbulsky 2004). La experiencia fue notable por su gran potencial

aunque quedara circunscripta por la falta de alternativas teóricas y metodológicas disponibles en el país¹⁹ (Garbulsky *et al.* 1993).

Sin embargo era ya evidente que los viajes al campo constituían, más allá de sus encuadres, el denominador común de los antropólogos argentinos y una fuente de reconocimiento a la antropología por parte otras disciplinas. En Buenos Aires los estudiantes de la primera cohorte detallaban, en su revista *Antropológica* y en sección aparte, las localidades que habían visitado. Como vimos, estas empresas eran grupales y tenían varios destinos simultáneos realizándose la mayoría en enero y febrero (diecinueve en 1962 y doce en el primer trimestre de 1963)²⁰; además hubo actividades que excedían la especialidad como la excavación y recolección en superficie con registro de actividades económicas, celebraciones y costumbres. La decisión de emprender una campaña correspondía a los intereses temáticos y regionales y también a las características personales de cada profesor. El arqueólogo Ciro R. Lafón sistematizó varios viajes al NOA con alumnos que cursaban las especialidades de arqueología y folklore. Tanto la salida al Santuario de Punta Corral, en la Semana Santa de 1962, como a la quebrada de Huichairas, tributaria de Humahuaca, en el verano de 1963 son hitos en la constitución del trabajo de campo como instancia de socialización profesional porteña, y como canal de acceso no mediado a un campo empírico distante de la eurocéntrica Buenos Aires. Estos viajes, sumados a la convivencia e intercambio con sus alumnos, hicieron que el mismo Lafón fuera virando sus intereses hacia “las comunidades campesinas, criollas, mestizas, provincianas” y hacia una “antropología militante que lo conozca [al país] de extremo a extremo, con ojos argentinos y con sensibilidad argentina” (Lafón 1969-70:273). Los materiales obtenidos por sus sucesivos equipos se volcaban en artículos del mismo profesor, de carácter más costumbrista (1960-65, 1969-70), y en elaboraciones de sus asistentes con detalladas descripciones sobre las condiciones de producción y de vida (Aznar *et al.* 1967) que serían retomadas años después en trabajos comparativos sobre la problemática del campesinado (Bilbao 1975a, 1975b).

Así, la segunda mitad de la década de 1960 fue testigo de un “cambio cultural”, se pasó de una antropología patrimonial y de salvataje hacia problemáticas de tipo sociológico fundadas en el trabajo etnográfico. Este nuevo horizonte era más informal y por eso más arduo en la antropología sociocultural que en la arqueológica, dificultad que se exacerbaba al no requerirse una tesis donde el alumno se viera obligado a articular el material empírico con líneas teóricas idóneas para su interpretación. Sin embargo, también en las especialidades no-arqueológicas el trabajo de campo era un horizonte firme en el que abrevaban todos los antropólogos.

LA ESCUELA BRITÁNICA

El regreso de Esther Hermitte en 1965, con un master y un doctorado en antropología de la Universidad de Chicago aún bajo la impronta de A. R. Radcliffe-Brown (Guber 2006, 2007), significó el arribo de la antropología social británica donde la orientación boasiana, concentrada en la “recolección de literatura oral” mediante el uso de intérpretes, informantes clave y transcripción textual, cedía su lugar al trabajo de campo prolongado e intensivo de inspiración malinowskiana. Hermitte lo aprendió en un equipo integrado por unas quince personas -cuyos miembros eran antropólogos sociales y lingüistas- distribuido en poblaciones de habla tzotzil y tzeltal de los Altos de Chiapas, México, bajo la coordinación del discípulo de E. Evans-Pritchard, Julien Pitt-Rivers. Después de cinco meses “para elegir comunidad” se estableció en la mitad norte de Pinola, distrito de Villas Las Rosas, entre agosto de 1960 y diciembre de 1961. Los datos los consignaba en un “diario de campo”, en un “fichero” donde transcribía entrevistas grabadas en blocks, fichas, diagramas de parentesco, cuadros sinópticos y listados que sintetizaban sus visitas, conversaciones, entrevistas formales, reuniones informales, trabajo de archivo y asistencia

a reuniones sociales, observación de interacciones y de situaciones familiares (Hermitte 1968, 1969, 1971 y 2007; GTTCE 1999).

A su regreso a la Argentina, expuso su experiencia en un Seminario de Etnografía sobre Mayas Contemporáneos en la licenciatura de Buenos Aires. Al ser designada como investigadora jefe de la sección Antropología Social del Instituto Di Tella decidió emprender una investigación sobre la estructura social y económica focalizada en las tejedoras de ponchos y mantas y los productores minifundiarios de pimentón en una ciudad secundaria de la provincia de Catamarca, vecina a Santa María. Con la asistencia de un alumno avanzado de Buenos Aires, Carlos Herrán, y de una historiadora de Córdoba, Beatriz Alasia de Heredia -contactada por González y esposa del arqueólogo Heredia-, Hermitte obtuvo un subsidio del CONICET y prestó tareas de consultoría para el Consejo Federal de Inversiones (Hermitte 1972, Hermitte y Herrán 1970). Allí reprodujo, aunque en escala reducida, los mismos trazos que en su trabajo de campo en Pinola -visitas, observación participante, entrevistas, un vasto universo, residencia prolongada- y la misma organización de equipo que discutía periódicamente notas mecanografiadas por triplicado. Para la misma época, Hermitte coordinó un equipo de campo e hizo trabajo sobre el terreno en cuatro localidades de la provincia del Chaco a fin de establecer la relación existente entre las comunidades indígenas y la sociedad mayor. Su coordinación alcanzaba además a licenciados especialistas en administración, política y economías regionales (Hermitte *et al.* 1996).

El aprendizaje técnico que Hermitte trajo al país, e incluso otras iniciativas que no fueron publicadas, sólo se tradujo en un artículo que permaneció inédito hasta 2002, esto es doce años después de su muerte. En 1967 preparó “La observación por medio de la participación” para un volumen compilado por Manuel Mora y Araujo (1968) -también investigador del Di Tella- sobre métodos cualitativos en Ciencias Sociales, pero finalmente este trabajo no se incluyó en la publicación. En su artículo Hermitte discurría acerca de sus experiencias en Chiapas y Catamarca con diversos ejemplos acerca de la observación participante, el acceso al campo, la presentación, el rol del antropólogo y las vicisitudes que convierten al investigador en la principal herramienta de conocimiento. Reproducía allí un largo fragmento del texto introductorio de Bronislaw Malinowski en su obra *Los Argonautas del Pacífico Occidental* ([1922] 1986), carta mítica de trabajo etnográfico moderno poco frecuentada, sin embargo, en la literatura de la licenciatura.

Esta perspectiva no estaba aislada de cierta vertiente teórica donde el cambio social debía ser visualizado como producto de relaciones sociales y no como inventario de rasgos culturales caídos o afectados. A diferencia de Meister y de Germani, ni Hermitte ni los antropólogos sociales que le siguieron, incluyendo a unos cuantos egresados de la UBA, propiciaban la tesis de la resistencia al cambio, lo cual podía articularse a una concepción del trabajo de campo con otros alcances.

TRABAJO DE CAMPO Y COMPROMISO

El sello malinowskiano era compartido por otros recién llegados que portaban el título de “antropólogos sociales”. A comienzos de la década de 1970 regresó a la Argentina Hebe M. C. Vessuri, santiagueña que había obtenido su flamante título de doctora en antropología social de la Universidad de Oxford y había realizado su trabajo de campo para su tesis doctoral en el departamento Banda de Santiago del Estero (1971). Se estableció en Tucumán donde, afiliada a la universidad, inició una investigación sobre la estructura social y la organización económica de las poblaciones ligadas a la explotación de la caña de azúcar, rubro que atravesaba una profunda transformación por la clausura de varios ingenios, el activismo sindical de los proletarios cañeros y la posterior llegada de la guerrilla. Vessuri redactó dos artículos específicos sobre el trabajo de campo que ella ligaba con la antropología británica, aunque desde una perspectiva crítica que identificaba con la realidad latinoamericana y con la coyuntura de la transformación social. Ambos

eran novedosos, uno porque presentaba la faz técnica del trabajo de campo en relación con aspectos metodológicos ligados al análisis de los conceptos en contextos de alteridad cultural (Vesuri 1974), y el otro porque analizaba el posicionamiento particular del antropólogo en coyunturas de turbulencia política. (Vesuri [1973] 2002)

En el proceso de creación y funcionamiento de la primera cooperativa de trabajo agrícola del país -Cooperativa Trabajadores Unidos Limitada, de Campo de Herrera, Departamento Famaillá- la cual estaba coordinada por agrónomos del INTA y por Santiago Bilbao, relocalizado en el noroeste después de intensos trabajos en el Chaco y Santiago del Estero, Vessuri analizaba comparativamente la organización social y la ideología de trabajadores cooperativizados y trabajadores de ingenios privados (Vessuri y Bilbao 1976, Vessuri 1977). El propósito de su artículo era discutir ciertos aspectos de la observación participante atendiendo a:

la necesidad de una ciencia creadora, comprometida con el cambio necesario en las estructuras de nuestras sociedades latinoamericanas, independiente de la ciencia desarrollada en los países avanzados y que es la que hasta el presente ha detentado la exclusividad de lo científico (Vessuri [1973] 2002:289).

Los investigadores sociales debían generar conocimientos tendientes a erradicar las desigualdades socioeconómicas de las “masas populares”, germen de la crónica inestabilidad política que, a su vez, no permitirá el desarrollo (Vessuri [1973] 2002). Este compromiso no sólo nacía de un posicionamiento general al que calificaba de “ideológico”²¹ sino también de “la responsabilidad y lealtad hacia los pobladores a quienes el investigador visita diariamente durante largos meses, responsabilidad directa, acuciante, inmediata” (Vessuri [1973] 2002:296). El trabajo de campo generaba una interacción específica que involucraba al investigador social, que ella designaba aquí como “sociólogo”. De este modo “[el] contacto directo, en algunos casos íntimo, con un número relativamente grande de personas” permitía que le revelaran sus necesidades, problematizando el lugar del investigador. Además “si el trabajo se hace en un lugar donde hay miseria, enfermedades, desnutrición, falta de elementos esenciales para la vida, el problema de la responsabilidad se hace urgente y adquiere rasgos particulares característicos de esa circunstancia” (Vessuri [1973] 2002:296). Se preguntaba si había que solucionar los problemas más urgentes de esas personas; si convenía actuar sobre el grupo estudiado directamente proveyéndolos de elementos para aumentar el grado de conciencia respecto a su situación de marginación, y también de medios para superarla, o si había que reducirse a extraer información de esa población (Vessuri [1973] 2002). Así los límites de la observación participante; es decir, el grado de “participación” óptima en la técnica de observación participante, planteaban la búsqueda de ciertos principios de acuerdo a los cuales el investigador tiene derecho a establecer la relación personal que se desarrolla inevitablemente en el trabajo etnográfico con una comunidad de obreros del surco (Vessuri [1973] 2002). Limitarse a producir conocimiento era ignorar:

el núcleo del problema que enfrenta el sociólogo: nuestro conocimiento debe ser usado para producir cambios humanos positivos, tal como nuestro marco teórico-ideológico los concibe. Es decir que tenemos la responsabilidad como intelectuales de expresar nuestras opiniones informadas y de comunicar los poderes públicos y/o a los grupos claves para el cambio los resultados de nuestro conocimiento de realidades tal vez ignoradas, pero que son factores significativos del todo social (Vessuri [1973] 2002:297).

Vessuri exponía la tensión, habitual y acuciante en esa época en Tucumán, entre las demandas urgentes del activista político y el mediano plazo del “investigador social -*qua* científico”. Concluía que había que entender una realidad, analizándola e interpretándola, para poder transmitirla a los grupos de referencia que desean reconstruir la sociedad procurando hacerlo con claridad para que inmediatamente pueda ejercer algún tipo de influencia transformadora ([1973]

2002). Así, calificaba a la participación del observador participante como “una participación *sui generis*” pues su punto de partida era llegar a conocer y analizar una cierta realidad empírica, no producir soluciones o transformaciones. El aporte científico no era apolítico aunque consideraba que su efecto se ejercía de manera más indirecta que la propaganda o la militancia armada. Sin embargo, reparaba en que:

pese a que se argumente hasta el cansancio acerca de la necesidad del conocimiento de la realidad social como precondition *sine qua non* a la militancia política, el activista político se basa usualmente en un conocimiento somero de la realidad sobre la que aplicará su ideología transformadora procurando producir modificaciones inmediatas en ese medio (Vessuri [1973] 2002:304-305).

Esto resultaba en:

La emotividad, las consignas irreales, la indiferencia o el desdén total por el aporte científico cuando la interpretación del sociólogo contradice sus esquemas para la acción [cuya consecuencia era] la pérdida de efectividad política al insistir en estrategias y tácticas erróneas (Vessuri [1973] 2002:305).

La ocupación de la provincia de Tucumán por parte de las Fuerzas Armadas y su “guerra contra la subversión” terminaron con la vida de numerosos tucumanos y también con la experiencia de Campo de Herrera; además provocaron la prisión y tortura de Bilbao, el allanamiento de la oficina de Vessuri y, finalmente, el pase inmediato de Bilbao hacia el exterior.

Eduardo Menéndez, egresado de la primera cohorte de ciencias antropológicas de la UBA, coincidía en esta línea respecto a las técnicas distintivas de la antropología social aunque su perspectiva crítica no se basaba, explícitamente, en la investigación empírica. Unos años antes había señalado que pese a la existencia de “una serie de ‘trabajos’ e investigaciones de diferentes calidades y orientaciones” sus resultados eran dispares en “lo metodológico”, y por eso difíciles de encuadrar en la “antropología social”. El recurso a la encuesta, el descuido de la observación participante y las técnicas cualitativas propias de la disciplina, y el uso de “modelos y conceptos sociológicos” (Menéndez 1968:50) atentaban contra dicho encuadramiento.

Más taxativo, y sin ejemplificar con sus estadías en Misiones, Entre Ríos y ciudad de Buenos Aires con inmigrantes europeos y pacientes de un centro de salud, reflexionaba que “el problema del quehacer científico, sea ‘puro’, sea ‘aplicado’ implica siempre quién y para qué se usan los productos” (Menéndez 1970:112); mientras el reconocimiento del origen de las elaboraciones teóricas y metodológicas en los países dependientes era “una situacionalidad de su quehacer; una búsqueda del sistema de prioridades relacionados con su contexto” (Menéndez 1970:120). Lejos de implicar “la negación radical de las técnicas, métodos o modelos teóricos construidos en otras áreas, aún aquéllas de las que dependemos socioeconómicamente”, refiriéndose a las escuelas antropológicas metropolitanas se debía evitar “el traslado mecánico de dichos modelos y técnicas” (Menéndez 1970). La observación participante, “descubrimiento de la antropología colonial, más precisamente de los funcionalistas británicos [...] ha servido y sirve para revelar información calificada, y de un grado de verificación y calidad, que las otras formas de relevamiento no pueden alcanzar”. Debido a la “alta potencialidad” sobre “el sector, grupo o problema social sobre el cual actúa”, Menéndez sugería apropiarse de esta técnica adecuándola “en función de los objetivos autónomos y definidos en función del sistema de prioridades y para una instrumentalización respecto de la que podemos ejercer poder” (1970:121, énfasis original).

Para la apertura democrática de 1973 la retórica del compromiso con la transformación del orden social impregnaba a buena parte de la antropología. Aún con los mismos procedimientos en el campo los arqueólogos discípulos de González en Córdoba, Rosario y La Plata se replanteaban la investigación buscando integrar a los residentes de los entornos donde realizaban sus

excavaciones. Asimismo, y conforme a una mayor identificación con la “realidad latinoamericana” como vimos con Vessuri y Menéndez, optaban por un orientación materialista más próxima a la Arqueología Social (Politis y Pérez Gollán 2004) lo que implicaba un análisis crítico (Núñez Regueiro 1972, Tarragó y Núñez Regueiro 1972, Tarragó 2003) y la reformulación de las categorías de análisis y, por ende, de observación (Núñez Regueiro 1974, Pérez Gollán y Heredia 1987, Tarragó 1974)²².

TRABAJO DE CAMPO Y DESEMPEÑO PROFESIONAL

En 1978 el Centro de Investigación Social de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones estaba dirigido por un egresado de la licenciatura porteña de Ciencias Antropológicas, doctorado luego en Wisconsin, EE.UU., Leopoldo Bartolomé. Su tesis, basada en el trabajo de campo intensivo y prolongado, examinaba las relaciones sociales de producción permeadas por la etnicidad de colonos yerbateros de origen ucraniano y polaco (Bartolomé [1974] 1991). Bartolomé (1968) había publicado algún trabajo sobre veterinaria indígena y narrativa mítica en *Runa* pero su investigación en Apóstoles, Misiones, lo ubicaba en la línea de la antropología social al adoptar una perspectiva holística, sistémica y sociológica. Tras crear la licenciatura en Antropología Social en Misiones en 1974, la única que sobrevivió al cierre de especializaciones -Rosario, La Plata y Buenos Aires- y carreras -Mar del Plata y Salta- entre 1974 y 1977, el Centro de Investigación Social fue convocado para realizar tres estudios intensivos de la primera zona de afectación de la Represa Argentino-Paraguaya Yacyretá. La magnitud del impacto que la inundación de áreas adyacentes tendría sobre la tercera parte de la ciudad paraguaya de Encarnación y la cuarta parte de la ciudad argentina de Posadas justificaba la solicitud de dichos estudios por parte de la Entidad Binacional (EBY). Posteriormente, la EBY designó a Bartolomé como Jefe del Programa Urbano de Relocalizaciones. Diversos trabajos en el campo inscriptos en el “Programa Urbano de Acción Social” se sucedieron desde entonces, incluyendo un censo exhaustivo de la población afectada coordinado por otro profesor de la licenciatura, el sociólogo Denis Baranger. Participaban en las actividades del terreno antropólogos, profesores y estudiantes de antropología social, trabajadores sociales, sociólogos, economistas y arquitectos (Bartolomé 1984a, 1984b). Durante varios años esta unidad llevó a cabo la relocalización de una parte de la población afectada en Posadas, siendo reconocida como un ejemplo mundial. La experiencia, no la relocalización, culminó en 1989 pero fue absolutamente nodal para el afianzamiento de una modalidad en la que el trabajo de campo se articulaba con otros métodos destinados a la aplicación.

La asociación entre trabajo de campo e ingeniería social incorporaba los métodos etnográficos a una antropología de gestión y a gran escala, distinta de los más habituales perfiles académicos en investigación básica y también del imaginado destino del compromiso y de las comunidades rurales. La experiencia misionera, única en la Argentina por su magnitud, duración y cantidad de personas que instruyó, significó el pasaje de métodos y categorías de la antropología a la esfera del estado y a las grandes obras de alcance transnacional en enclaves urbanos sujetos a decisiones que se tomaban a muchos kilómetros de allí. Su relevancia, atestiguada por dos tesis doctorales en los EE.UU. y por diversas tesis de licenciatura y maestría, pone de manifiesto la pluralidad de usos y destinos de las técnicas etnográficas en un contexto de cambio concreto provocado por la relocalización forzada y masiva de personas.

EL TRABAJO DE CAMPO EN LA NUEVA ERA DEMOCRÁTICA

El 10 de diciembre de 1983, final de la dictadura militar del Proceso de Reorganización Nacional, es un hito de la política argentina y de sus medios académicos pero reviste un significado

distinto según los establecimientos y las subdisciplinas. Quienes abogaban -práctica, retórica o memoriosamente- por la antropología social vivieron desde entonces una apertura que la ubicó como protagónica y hasta hegemónica en la antropología. En cambio la arqueología podía reconocerse en una mayor continuidad. Ello es evidente en los balances y evaluaciones redactados por antropólogos argentinos cuya perspectiva y gestión se plasmarían en la nueva etapa de apertura de la antropología nacional, en el concierto de las humanidades, las ciencias sociales y las naturales. Esos balances introducían una clara distinción en el escaso desarrollo de la antropología social y la “bien establecida tradición arqueológica, con un alto nivel profesional” (Hermitte 1976:3)²³ y su consiguiente mayor institucionalización en los medios académicos.

Dentro de la arqueología fue la Nueva Arqueología el puente con el nuevo período. Su revolución epistemológica, a principios de la década de 1960, y los cambios que introdujo en las técnicas de campo habían demorado algunos años en ingresar a la práctica profesional argentina. Aunque el grupo de González ya manejaba bibliografía en consonancia con esta línea (Binford 1964, Fritz y Plog 1970, Watson *et al.* 1972) su retiro forzado de la escena arqueológica nacional, por su exoneración en 1976, no había dado tiempo a su implementación. Las nuevas generaciones y los grandes equipos de investigación en los canales fueguinos, coordinados por Luis Orquera y Ernesto Piana, habrían de poner en práctica otra forma de entender y hacer el trabajo de campo desde mediados de la década 1970 (Orquera *et al.* 1978)²⁴. La Nueva Arqueología en su expresión más ortodoxa tuvo su desarrollo más significativo en la UBA, con investigaciones centradas principalmente en Tierra del Fuego y Patagonia.

La Nueva Arqueología planteaba un trabajo de campo distinto en sus premisas ontológicas y epistemológicas. El objeto de estudio ya no era el pasado sino el mismo registro arqueológico, en tanto registro de actividades y procesos insertos en sistemas de interacción entre humanos -o sociedades- y el ambiente. Así se planteaban una serie de problemas antropológicos ubicados en un tiempo y espacio dados, problemas capaces de ser recuperados objetivamente con procedimientos lógicos y analíticos apropiados. La Nueva Arqueología introducía así el trabajo de campo orientado por problemas.

De acuerdo a las preguntas formuladas al registro se orientaban las técnicas de campo y gabinete, entendiendo que el campo era una fuente primaria de datos y que las técnicas requerían una rigurosidad extrema y procedimientos explícitos para alcanzar niveles confiables de inferencia, a partir de muestras representativas.

Esta rigurosidad ya había comenzado a ponerse en práctica en la arqueología de cazadores-recolectores, siguiendo los lineamientos de la arqueología del paleolítico francés con técnicas de recuperación y registro tridimensional de hallazgos, sectorización de los sitios y conceptos como el de área de actividad. Tal fue el caso de Antonio Austral en la región pampeana (Austral 1971). A mediados de la década de 1970 Carlos Aschero, quien integraba un equipo con Carlos Gradin y Ana M. Aguerre, introdujo otra forma de trabajo de campo en Patagonia. Su campaña a Cerro del Indio con alumnos de un seminario de arqueología constituyó el primer intento estratigráfico de trabajo de planta en un sitio. Siguiendo la línea francesa de excavación, Aschero introdujo la técnica del *decapage* y el relevamiento de planta. Otro aporte fue establecer asociaciones específicas entre las pinturas y los niveles de ocupación²⁵. En el NOA los trabajos de Néstor Kriscautzky en Fuerte Quemado, en 1978 y 1979, pusieron en práctica por primera vez dicha metodología en otra clase de contextos (Kriscautzky 1999).

El trabajo de campo integraba de este modo una parte importante de los informes y productos éditos de investigación, explicitando los procedimientos, los materiales y los métodos utilizados como una forma de aumentar la confiabilidad en las inferencias planteadas y en los datos obtenidos o construidos. A su vez, dichos trabajos sirvieron como fuente de consulta, en castellano, sobre los procedimientos de campo facilitando la reproducción de las prácticas.

Las posibilidades e interpretaciones del registro que brindaba la Nueva Arqueología abrieron las puertas a la renovación en la perspectiva de análisis en regiones del país cuyo conocimiento se

circunscribía aún al modelo histórico-cultural (Bonnin y Laguens 1985), o que habían sido consideradas de poco interés. Tal es el caso de la problemática de los grupos cazadores-recolectores de Pampa y Provincia de Buenos Aires, tema que a partir de los trabajos de Gustavo Politis en Arroyo Seco (Politis 1984) cobró nuevo impulso generando nuevos proyectos regionales como, por ejemplo, Flegenheimer (1994) en Provincia de Buenos Aires, o Berón (1999) en la provincia de La Pampa y planteando nuevos problemas sobre adaptación y evolución de las poblaciones locales.

En el NOA los trabajos de Carlos Aschero sobre las poblaciones más antiguas de cazadores y recolectores de la Puna (Aschero 1994) orientaron el trabajo de campo con los mismos procedimientos utilizados por él anteriormente en cuevas de Patagonia, aplicando excavaciones detalladas y análisis minuciosos centrados en unidades de depositación en los sitios, orientados en general al problema de las adaptaciones humanas en ese medio, su evolución local y su vinculación con otras poblaciones y zonas ecológicas vecinas.

En la región de las Sierras Centrales los trabajos de campo centrados en la arqueología regional en el valle de Copacabana impulsaron -desde una perspectiva similar a la anterior (Laguens 1999, Laguens y Bonnin 1987)- métodos análogos de campo por parte de otros equipos en distintos valles de la región. También generaron la continuidad de trabajos actuales en Copacabana relacionados con las poblaciones locales y el ambiente en el campo de la sociología rural (ver Silvetti 1999), la problemática de la educación en medios rurales, la realización de proyectos productivos autosustentables y las actividades de extensión universitaria vinculadas con la salud.

En la región de Cuyo la forma de hacer trabajo de campo de la Nueva Arqueología fue puesta en práctica en los trabajos realizados desde el Museo de Historia Natural de San Rafael (Gil y Neme 2002) y la Universidad Nacional de Cuyo (Durán 2002).

En su versión más ortodoxa en Buenos Aires -y pese a que la Nueva Arqueología se había planteado inicialmente como parte de la antropología a principios de la década de 1960 en Estados Unidos (Binford 1962)- la orientación sistémica, ecológica y naturalista alentó un alejamiento académico de la antropología social y una aproximación al campo de las ciencias naturales.

Frente al optimismo existente en cuanto a las posibilidades de la arqueología como ciencia positiva también se reconocían limitaciones que el mismo desarrollo disciplinar habría de solucionar. Para ello el trabajo de campo se abocaría a dilucidar la formación del registro arqueológico por los procesos culturales y los naturales. A tono con una tendencia internacional comenzaron a realizarse estudios experimentales de procesos de formación, observaciones controladas y estudios tafonómicos. Dichos estudios contribuirán a comprender la dinámica del registro que, a su vez, mejoraría la comprensión de los sistemas culturales²⁶.

La creciente preocupación por el registro arqueológico y las tendencias mundiales sobre las ideas de patrimonio y conservación tuvieron su eco local en el trabajo de campo orientado al salvataje de sitios arqueológicos amenazados por grandes obras de infraestructura -como las represas de la Patagonia (Sanguinetti 1974) y Salto Grande sobre el río Uruguay (Rodríguez 1975) en la década de 1970- y habrían de fundar una línea de trabajo con derivaciones como lo es la arqueología de rescate (Endere 2000, Manasse 1999).

La censura estatal, las prohibiciones y la represión impuesta por el gobierno militar a partir de 1976 no sólo limitaron el acceso a fuentes bibliográficas marxistas sino a cualquier perspectiva o propuesta que contemplara vinculaciones con lo social. En este contexto, el supuesto carácter objetivo de la Nueva Arqueología y el predominio de problemas ecológicos y adaptativos, lejos de los problemas sociales contemporáneos, permitió, por un lado, dar continuidad a la arqueología en la Universidad -tanto en la investigación como en las carreras de grado- mientras las orientaciones sociales e incluso las licenciaturas fueron clausuradas y, por el otro, constituir un refugio para estudiantes e investigadores con posiciones políticas progresistas que simultáneamente procedieron a lecturas más materialistas de la Nueva Arqueología.

La transición era completamente distinta en la antropología social en cuyo “subdesarrollo”

intervenía de manera destacada la falta de “investigación empírica o ‘trabajo de campo’” (Hermitte 1982:7, Vessuri 1992). El consenso de los antropólogos sociales que regresaban a las universidades de Buenos Aires, La Plata y Rosario, y también al CONICET, era unánime al respecto. Los cursos universitarios no requerían “una práctica de campo”, los pedidos de subsidios correspondientes se hacían “por períodos de quince días a un mes”, reiterando las viejas usanzas limitadas al “mes de receso de la universidad”, lo cual generaba conclusiones y generalizaciones sin una etapa previa, suficientemente prolongada, de recolección de datos (Hermitte 1982).

La referencia ideal para estas afirmaciones no siempre estaba en el exterior. En la Argentina también había un pasado en el que los jóvenes antropólogos podían ser identificados, más que por su orientación teórica por las localidades donde habían hecho campo y a las que apodaban con nombres ficticios: Santa Cecilia en el norte santafecino era casi intercambiable con Eduardo Archetti y Kristi-Anne Stolen; Cebil Pozo en Santiago del Estero con Vessuri; Huarco en Catamarca con Hermitte y Herrán; y Apóstoles -único nombre real- en Misiones con Bartolomé. De los antropólogos porteños sólo Bilbao y Ratier quedaron identificados con Campo de Herrera (Tucumán) y con Villa Maciel (Avellaneda).

Pero el panorama cambiaría con la apertura paulatina de las condiciones de investigación. Salvo quienes se abocaran a poblaciones étnicamente marcadas -como Claudia Briones y Juan Carlos Radovich con los mapuche y Pablo Wright con los q'om- los nuevos rótulos que caracterizarían a los antropólogos provendrían de áreas temáticas -salud, educación, política, ciudad, familia, pesca- en distritos predominantemente urbanos. Este contexto favoreció la focalización analítica en el trabajo de campo como incentivo de un diálogo con otras disciplinas sociales y humanísticas que ya abordaban estas áreas aunque con perspectivas diferentes. Dado que en estos casos la alteridad de los grupos estudiados -médicos, maestros, pescadores, políticos, familiares de desaparecidos- no era tan evidente, la noción de reflexividad introducida por la etnometodología norteamericana de la década de 1950, y revivida en otros parámetros por diversas corrientes posteriores, se constituyó en una variable sensible para emprender y analizar la aproximación etnográfica. Las experiencias propias del campo comenzaron a integrar el objeto de investigación y aunque Hermitte no conceptualizara su trayectoria en Chiapas y Catamarca como “reflexiva” Rosana Guber, discípula suya, entendió que había aprendido más escuchando a su maestra -por ejemplo cómo había convencido a los pinoltecos de que ella no era un hombre disfrazado de mujer para engañar a los maridos en su ausencia- que en los habituales manuales de campo de las décadas de 1960 y 1970. Si bien es cierto que no hay recetas, precisamente porque los antropólogos sociales abordan una realidad empírica en términos de su alteridad, también es cierto que existen algunos principios que los antropólogos, a sabiendas o no, aplicamos en nuestros trabajos de campo. El libro publicado por Guber en 1991 gracias al diálogo interdisciplinario -concretamente a la gestión editorial motivada en el interés que suscitaban en el intelectual Aníbal Ford los métodos no estructurados de los antropólogos- retomaba varias sistematizaciones sobre el trabajo de campo intentando darles un lugar de conocimiento a las anécdotas propias y ajenas que componen la sustancia del *métier* etnográfico ([1991] 2004 y 2001).

El trabajo de campo comenzó a ser objeto de análisis en los congresos de antropología social y, específicamente, en las Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos. Dichas Jornadas, convocadas por el Grupo Taller de Trabajo de Campo Etnográfico del IDES (Instituto de Desarrollo Económico y Social) desde 1994, se realizaron en 1998, 2000, 2004 y 2007 en continuidad con el Centro de Antropología Social, abierto por Hermitte en 1974 para reproducir la antropología social expulsada de las aulas nacionales. El éxito y pluralidad de dichas reuniones demuestra que probablemente desde la década de 1990 el método etnográfico constituye el principal articulador entre la antropología y las demás ciencias sociales, proliferando las cátedras y seminarios específicos en carreras y en posgrados no estrictamente antropológicos.

Entre tanto el clima de apertura de opinión y de expresión, además de un más amplio acceso a bibliografía internacional a través de Internet, permitió el acceso a nuevos desarrollos

intelectuales, antes circunscriptos a unos pocos especialistas por sus contactos personales. En el caso de la arqueología esto se puso de manifiesto en avances teóricos planteados desde la crítica posprocesual a comienzos de la década de 1980, provocando una creciente diversidad de perspectivas más críticas y sociales, no atadas a las premisas procesuales de la Nueva Arqueología (Politis 1995). Junto al quiebre de la rigidez positivista, algo que también sucedió en el caso de la antropología social, ello permitió a la generación intermedia formada en el último gobierno militar formular preguntas de orientación más antropológica, aunque ello no necesariamente redundase en nuevas concepciones de trabajo de campo. En el caso particular del NOA esta posición predomina en los trabajos de campo que distintos equipos de las universidades de La Plata, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y Jujuy se hallan realizando en el Valle Calchaquí, el Valle de Santa María, el Valle de Ambato, la Puna, el Valle de Belén-Hualfín, en los valles preandinos de La Rioja y en la Quebrada de Humahuaca, entre otros. En la mayoría de ellos participan equipos numerosos integrados por investigadores, becarios, tesisistas y estudiantes. Dichos equipos continúan con la modalidad introducida por Rex González a mediados del siglo XX, excavaciones extensas en sitios residenciales y estadías prolongadas en el terreno.

El clima tendiente a reconocer la reflexividad del investigador en el campo estuvo marcado por el involucramiento de los colegas en episodios por demás crueles desde 1975, y que ciertamente afectaron el desarrollo del trabajo de campo como la marca registrada de la antropología. Esta confluencia redundó en nuevos posicionamientos de los antropólogos en relación a las sociedades actuales. Por un lado, la aceptación y reconocimiento por parte de los arqueólogos y antropólogos sociales, algunos de origen etnológico, de la identidad y derechos de los pueblos originarios, sumada a la conciencia de la antropología -incluida la arqueología- como práctica colonialista ahora situada en un contexto intelectual poscolonial está replanteando radicalmente el *metier* antropológico-arqueológico (Haber 2004) y etnológico (Briones 1998), particularmente el trabajo de campo, la conceptualización de los sujetos de estudio de informantes a colegas, interlocutores y hasta coautores. Tal es el caso de los proyectos realizados en la Puna desde la Escuela de Arqueología de la Universidad Nacional de Catamarca (Delfino 2003, Haber *et al.* 2007), o en La Pampa desde el INCUAPA en la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Endere y Curtoni 2006). Por otro lado, los trabajos de arqueología forense encarados por el Equipo Argentino de Antropología Forense, en Buenos Aires y más recientemente en Córdoba, han generado un trabajo de campo de alto compromiso social que define un nuevo objeto de estudio de múltiples dimensiones -identidades sustraídas, justicia, represión política, familias víctimas de la represión, memoria viva-, un nuevo sentido para la arqueología no sólo nacional sino mundial (Fondebrider 2006) que también opera con herramientas y conceptos socio-antropológicos y de la antropología biológica.

En suma el trabajo de campo como acceso no mediado a diversas realidades empíricas, contemporáneas y pretéritas, y como fuente de descubrimientos, hallazgos y nuevos conocimientos atravesó no sin dificultades -a veces permeadas por instancias verdaderamente dramáticas- las turbulencias políticas, los cambios de paradigma, los relevos académicos y el cambio social, ubicando a la Argentina desde una dupla tradición-modernidad hasta la globalización. Su extraordinario poder cimentó las bases de legitimidad de un tipo de conocimiento que se concibió a sí mismo como emitido desde “la torre de marfil”, como ciencia “comprometida” y como “gestión” y “justicia”, configurándose como la marca indeleble de una disciplina, a la vez naturalista, humanística y sociológica, que brega por institucionalizarse sin olvidar su pasado y sin desconocer su trayectoria en pos del reconocimiento de las alteridades socioculturales y las propias suyas.

Fecha de recepción: 3 de marzo de 2008

Fecha de aceptación: 4 de junio de 2008

NOTAS

- ¹ Sabemos que varios de nuestros colegas no se sentirán representados con la profundidad y precisión que merece su labor. Una síntesis requiere siempre una selección, más cuando se trata de cubrir casi un siglo de trabajo de campo en arqueología y en antropología social en nuestro país. Aunque seguramente hemos cometido alguna injusticia sirvan estas páginas como una mínima contribución a los debates que nos debemos los antropólogos en la Argentina.
- ² Según Ambrosetti debían participar los futuros profesionales a fin de volcarlos a la investigación desde un comienzo; así estas expediciones fueron parte de la actividad docente aunque se implementaban en el receso universitario de enero: “La Academia creyó bien dar una forma práctica a la enseñanza de la Arqueología, a fin de dirigirla en el sentido del estudio intensivo, y resolvió que se efectuaran expediciones en la época de receso, á las que debían concurrir los alumnos del curso que quisieran tomar parte” (Ambrosetti 1905:5-6).
- ³ Al respecto en 1905, un año después de fundar el Museo Etnográfico dependiente de la UBA, Ambrosetti proponía un plan de exploración de toda la Argentina que fuera aprobado por la UBA.
- ⁴ Las exploraciones se hacían por encargo (como los viajes de Carlos Bruch), por intereses propios apuntando a fines científicos y didácticos tales como incrementar las colecciones de los museos destinadas a la enseñanza de la arqueología americana (Ambrosetti), o por convenio con los coleccionistas privados (Debenedetti y Muniz Barreto). Su financiamiento procedía del estado nacional -las universidades, el tesoro nacional-, los estados provinciales y el patrocinio privado.
- ⁵ Los cambios en esta modalidad fueron iniciativa de algunos etnólogos y folclorólogos -en particular Cordeu y Siffredi (1971) y Blache (1982), entre otros- pero la orientación oficial en la licenciatura porteña permaneció sin mayores cambios. Las consideraciones en profundidad del decurso de la etnología y el folklore exceden los límites de este artículo pero para algunas aproximaciones ver CAEA 1985, Blache [1991] 2002, Lazzari 2002, Vecchioli 2002, Visacovsky 2002 y Briones y Guber en prensa.
- ⁶ Geografía y arqueología eran disciplinas auxiliares de la Historia que en Buenos Aires se enseñaba en el Museo Etnográfico dirigido por el arqueólogo Francisco de Aparicio, continuador de Outes al frente del Museo, la SAA y su revista *Relaciones*.
- ⁷ Una excepción fue el proyecto de Enrique Palavecino (1948) de una exploración integral -histórico-natural, arqueológica y antropológica- en la región de Goya, Corrientes, que luego extendería a toda la provincia -aunque sólo se concretó la sección arqueológica.
- ⁸ Había cierta correlación entre las zonas donde operaban los “informantes” y el área del investigador de modo que este formato solía responder a planes de trabajo regionales.
- ⁹ Las cartas de los profesionales se hallan en el Archivo Histórico Museo de Antropología UNC; en cuanto a los boletines ver por ejemplo los de la SAA (1942-1945).
- ¹⁰ En algunas localidades del NOA y la Patagonia sacerdotes católicos de distintas órdenes se aficionaron por la arqueología emprendiendo investigaciones por su cuenta. Iban acompañados por otros sacerdotes, o por alumnos, y creaban museos en los colegios de las congregaciones. Estos sacerdotes mantenían una relación fluida con investigadores de la academia y recibían un trato de pares, accediendo y participando de los medios institucionalizados de difusión como las revistas científicas o las reuniones periódicas. Así se convirtieron en verdaderos “dueños” del territorio donde realizaban sus excursiones periódicas de las cuales no participaban los arqueólogos profesionales y su área de trabajo era respetada con el mismo criterio de “prioridad de descubrimiento” que se usaba entre pares académicos.
- ¹¹ En dichas instituciones también habrían de circular temporariamente, hasta la década de 1970, investigadores de la UBA y de la UNLP como José Imbelloni, Armando Vivante, Enrique Palavecino, Rex González, Pedro Krapovickas, Eduardo Cigliano quienes se asomaron por Tucumán, Córdoba y Rosario.
- ¹² Por ejemplo, en 1942 la SAA organizó un curso de fotografía de dos meses “destinado particularmente a los especialistas que realizan trabajos en el terreno, dictado por el Sr. Roberto Cusi. El curso que comprendió varias clases teóricas efectuadas en el Museo Etnográfico fue completado con varias sesiones prácticas” (Sociedad Argentina de Antropología Boletín 1-3:255).
- ¹³ Cabe aclarar que en la década de 1930 Junius Bird había excavado en Patagonia utilizando técnicas estratigráficas pero su trabajo no tuvo continuidad en la práctica de los arqueólogos argentinos. Llama la atención cómo este procedimiento de uso más generalizado en otros puntos del planeta, accesible a través de publicaciones que se recibían en las instituciones académicas -como las excavaciones de 1934

- de Wendell Bennett en Tihuanaco- no tuvo eco localmente; acaso se tratara más de una barrera conceptual que idiomática.
- 14 Notablemente, en 1949 Menghin y González se unirán en el trabajo de campo en Ongamira -aunque no en la interpretación del registro- haciendo una excavación estratigráfica por cuadrículas, determinando una sucesión de cuatro etapas culturales y haciendo algunas inferencias paleoclimáticas a partir de la fauna (Menghin y González 1954). González ya había aplicado el cuadrículado del terreno en Goya, Corrientes, dentro del proyecto antropológico integral de Palavecino que comentáramos más arriba, donde tuvo a su cargo el trabajo arqueológico en reemplazo de Vignati (Palavecino 1948).
 - 15 Rex González habría de convertirse en un fervoroso defensor del método estratigráfico, criticando a otros colegas contemporáneos por su falta de trabajo de campo y por centrar sus investigaciones en “especulaciones de escritorio”, basadas en interpretaciones etnohistóricas.
 - 16 El caso de Ciro R. Lafón pone de manifiesto cómo incidió la institucionalización de una carrera en estos giros. De una posición más cercana a la de la arqueología de gabinete a fines de la década de 1950, terminó en la década de 1970 haciendo excavaciones extensivas y estratigráficas con equipos de alumnos, pudiendo ser consideradas como modelos de trabajo de campo de la época (cf. Lafón 1958-1959 y Lafón 1971).
 - 17 Archivo Facultad Filosofía y Letras, UBA, Cartas fechadas el 9/12/1956 y el 14/12/1956.
 - 18 Sin embargo Esther Hermitte, futura aliada de González a su regreso de los EE.UU. en 1965, había publicado una reseña de “Teoría y práctica del estudio de área” en la revista del Instituto de Antropología de Buenos Aires, *Runa* (Hermitte 1956-1957).
 - 19 Hermitte estaba en los EE.UU. y traería una perspectiva sobre el cambio social distinta a la que se traslucía en la vertiente aislamiento-tradicionalismo vs. urbanización-modernización ([1971] 2004).
 - 20 En Provincia de Buenos Aires iban a Escobar, Laguna de Cabeza del Buey, Monte Hermoso, Lagunas de Lobos y de Monte, Río Reconquista, y Laguna Las Flores Grande; en Neuquén a Aucapán; en Corrientes a Itatí; en la Rioja a Macate; en Jujuy a Santa Catalina, Punta Corral, Humahuaca, Laguna Colorada, Juella, Huichaira y Cerro Morado (Anthropológica 1962, 1963).
 - 21 El término “ideológico” era profusamente empleado en la literatura de la época al menos en dos sentidos, como sinónimo de políticamente orientado o -como lo utilizaba frecuentemente Eduardo L. Menéndez- como sinónimo de “falsa conciencia” (1970).
 - 22 La persecución política iniciada en 1974 y consolidada en 1976 interrumpió esta línea de desarrollo forzando a estos investigadores al exilio luego de la desaparición de tres estudiantes del equipo de Córdoba. Los efectos de esta discontinuidad fueron letales para la formación de las nuevas generaciones ya que muchos de los exiliados no regresaron al país y otros fallecieron en el interín. El equipo de Lafón también fue exonerado de la UBA, tras la intervención del rector Ottalagano en 1974 al propio Lafón se le prohibió el ingreso por haber participado de la Feria Argentina en Cuba realizada en julio mismo año.
 - 23 Bartolomé afirmaba: “la situación de la antropología en la Argentina es sumamente precaria”, “es muy poco lo rescatable de las investigaciones antropológicas efectuadas hasta el presente” (1980); y para Herrán: “Escribir sobre teoría e investigación en la antropología social argentina, lleva inevitablemente a hablar de escasez, de carencias, de intentos frustrados y de promesas futuras” (1987).
 - 24 Estos dos investigadores continuarán la tradición de las grandes campañas integrando a los alumnos en una actividad que se convierte en una verdadera escuela de campo con trabajo posterior en el laboratorio, pero desde una institución independiente del ámbito académico, la Asociación de Investigaciones Antropológicas en Buenos Aires.
 - 25 En la segunda mitad de la década de 1970 la instancia oficial de integrar las campañas de campo como parte del aprendizaje arqueológico no estaba contemplada en la UBA, sólo participaban informalmente quienes deseaban completar su formación académica acompañando a algún docente al campo. En años de gran inseguridad y amenaza por la represión clandestina estatal Aschero brindó, además de su generosa apertura hacia los alumnos avanzados, una verdadera escuela de campo de la que surgió un conjunto de reconocidos profesionales.
 - 26 Cabe preguntarse hasta qué punto el interés por el registro arqueológico como fuente de datos favoreció la preocupación por su valor patrimonial, evidenciado en las disputas entre arqueólogos y pueblos originarios por el derecho a un patrimonio de pretendido valor universal (Congreso Nacional de Arqueología Argentina 2004, Río Cuarto).

BIBLIOGRAFÍA

Ambrosetti, Juan B.

1905. Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande. *Publicaciones de la Sección Antropológica. Facultad de Filosofía y Letras* 1. Buenos Aires.

Anthropológica

1962. Nota editorial. *Anthropológica* 1: 3-9. Alumnos de la carrera de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
1963. Nota editorial. *Anthropológica* 2. Alumnos de la carrera de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Ardissone, Romualdo

1942. Una instalación indígena en la quebrada de Purmamarca. El antigal de Ciénaga Grande. *Relaciones* III: 31-43. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología (SAA).

Aschero, Carlos A.

1994. Reflexiones desde el Arcaico tardío (6000-3000 AP). *Rumitacana* 1 (1): 13-17. Catamarca, Dirección de Antropología de Catamarca.

Austral, Antonio G.

1971. El yacimiento arqueológico Vallejo en el NO de la provincia de La Pampa. Contribución a la sistematización de la Prehistoria y Arqueología de la región pampeana. *Relaciones* V (2): 49-70. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Aznar, Pablo, Santiago A. Bilbao y Miguel Hángel González

1967. Descripción de los elementos de la fiesta. *Runa* X: 290-310.

Bartolomé, Leopoldo J.

1968. El Pensamiento Mítico en la Veterinaria Folklórica. *Runa* XI: 71-92.
1980. La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas. *América Indígena* XL (2): 207-215.
1984a. *Relocalizados. La antropología social de poblaciones desplazadas*. Buenos Aires, Ediciones IDES.
1984b. Forced resettlement and the survival systems of the urban poor. *Ethnology* XXIII (3): 177-192.
[1974] 1991. *The Colonos of Apóstoles. Adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in northeast Argentina*. AMS Press. (Traducción al castellano, 2000, Posadas, Editorial Universitaria de Misiones).

Berón, Mónica A.

1999. Contacto, intercambio, relaciones interétnicas e implicancias arqueológicas. *Soplando en el viento... Actas de las Terceras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 287-302. Bariloche.

Bilbao, Santiago A.

- 1975a. La familia en San José del Boquerón (Pcia. de Santiago del Estero). *Cuadernos del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) Serie estudios* 13 y 24, Buenos Aires.
1975b. Un análisis de las formas económicas en la cultura folk de la Quebrada de Humahuaca y su área de influencia. *Cuadernos del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) Serie estudios* 13 y 24, Buenos Aires.

Binford, Lewis R.

1962. Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28 (2): 217-225.
1964. A Consideration of Archaeological Research design. *American Antiquity* 29 (4): 425-441.

Blache, Martha

1982. *La estructura del miedo. Narrativas folklóricas guaraníicas*. Buenos Aires, Ediciones Plus Ultra.

- [1991] 2002. Folklore y nacionalismo en la Argentina: si vinculación de origen y su desvinculación actual. En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- Bonnin, Mirta y Andrés Laguens
1985. Acerca de la arqueología argentina de los últimos 20 años a través de las citas bibliográficas en las revistas *Relaciones* y *Anales de Arqueología y Etnología*. *Relaciones* XVI: 7-25. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Borrero, Luis A.
1989. Replanteo de la arqueología patagónica. *Interciencia* 14 (3): 127-135, Caracas.
- Briones, Claudia
1998. *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.
- Briones, Claudia y Rosana Guber
2008. Contagious Marginalities. Objects and Subjects in Argentine Ethnology, Social Anthropology and Folklore. En: Deborah Poole (ed.), *A Companion to Latin American Anthropology*. Oxford, Blackwell. En prensa.
- CAEA, Centro Argentino de Etnología Americana.
1985. *Evolución de las ciencias en la República Argentina 1872-1972. Antropología*. Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina. (Tomo X).
- Cordeu, Edgardo y Alejandra Siffredi
1971. *De la Algarroba al Algodón. Movimientos Milenaristas del Chaco Argentino*. Buenos Aires, Juárez.
- Delfino, Daniel D.
2003. Entre la Arqueología y la Arquitectura, una vía de valorización sociocultural: el caso del Centro de Recepción e Interpretación del Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca (Belén-Catamarca). *Producciones Científicas NOA 2003*, pp. 14-15. Universidad Nacional de Catamarca.
- Difrieri, Horacio A.
1948. Las ruinas de Potrero de Payogasta (Provincia de Salta, Argentina). *XXVIII Congrès International des Américanistes*: 596-604. París.
- Durán, Víctor A.
2002. Nuevas consideraciones sobre la problemática arqueológica del valle del río Grande (Malargüe, Mendoza). En: A. F. Gil y G. A. Neme (eds.), *Entre montañas y desiertos: arqueología del sur de Mendoza*, pp. 85-102. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Endere, María Luz
2000. *Arqueología y legislación en Argentina. Cómo proteger el patrimonio arqueológico*. Serie Monográfica 1 (1), INCUAPA, Olavaria.
- Endere, María Luz y Rafael P. Curtoni
2006. Entre longos y "ólogos". La participación de la comunidad indígena Rankülche de Argentina en la investigación arqueológica. *Arqueología Suramericana* 2 (1): 72-92.
- Fernández, Jorge
1982. Historia de la arqueología argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 34-35:1-320. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

Flegenhaimer, Nora

1994. Consideraciones sobre el uso del espacio en las Sierras de Lobería (Provincia de Buenos Aires), Argentina. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XIII (1-4): 14-18.

Fondebrider, Luis

2006. Arqueología y Antropología forense: un breve balance. En: P. A. Funari y A. Zarankin (comps.), *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*, pp. 129-138. Córdoba, Encuentro Grupo Editor.

Fritz, John M. y Fred T. Plog

1970. The Nature of Archaeological Explanation. *American Antiquity* 35 (4): 405-412.

Garbulsky, Edgardo

2004. La producción del conocimiento Antropológico-Social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales. *Cuadernos de Antropología Social* 20: 41-60.

Garbulsky, Edgardo, Néida Magnano y Héctor Esparrica

1993. Comenzando a recuperar nuestra memoria institucional. *Revista de la Escuela de Antropología* I: 93-107.

Gil, Adolfo y Gustavo Neme

2002. *Entre montañas y desiertos: arqueología del sur de Mendoza*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

González, Alberto R.

1954. Las ruinas de Loma Rica y alrededores. Proyecto de conservación y exploración sistemática. *Natura* I (1): 75-94. Buenos Aires.

1950-1955. Contextos y cronología relativa en el área central del NO Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* XI: 7-32. Mendoza.

1960. La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (provincia de San Luis, R.A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica. *Revista del Instituto de Antropología* I: 9-296. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

1985. Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

1998. *Cultura La Aguada del Noroeste Argentino (500-900 d.C.) 35 años después de su definición*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

GTTCE (Grupo-Taller de Trabajo de Campo Etnográfico)

1999. De las notas de campo a la teoría. Descubrimiento y redefinición de 'nahual' en los registros chia-panecos de Esther Hermitte. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* VII-VIII: 69-92. Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas de la República Argentina.

Guber, Rosana

[1991] 2004. *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós.

2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá/Buenos Aires, Grupo editorial Norma.

2006. Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires. *Avá. Revista del Postgrado en Antropología Social* 8:26-56. Misiones, Universidad Nacional de Misiones.

2007. Antropólogos ciudadanos (y comprometidos) en la Argentina. Las dos caras de la 'antropología social' en 1960-70. *Journal of the World Anthropologies Network* JWAN-RAM.

Haber, Alejandro

2004. Arqueología de la naturaleza/naturaleza de la arqueología. En: A. F. Haber (comp.); *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*, pp. 15-32. Bogotá, Ediciones Uniandes.

- Haber, Alejandro; Carolina Lema, Wilhelm Londoño, Ernestina Mamani, Rita Mamani y Laura Roda
2007. Parte de la conversación. *Sesiones y Resúmenes*, pp. 61-62. Catamarca, IV reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur, Inter-congreso del WAC.
- Hermitte, Esther A.
1956-1957. Teoría y práctica del estudio de áreas de J. Steward. *Runa* VIII (1):123-124.
1968. La movilidad social en una comunidad bicultural. *Revista Latinoamericana de Sociología* 6-37. Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella.
1969. Antropología Social. En: Juan Marsal (coord.), *El estado de las Ciencias Sociales en la Argentina*. Informe del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires.
[1971] 2004. *Poder sobrenatural y control social*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
1972. *Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca*. Informe Final, Consejo Federal de Inversiones.
1976. International Aspects of Anthropological Publications. One Latin American's Point of View. Ponencia presentada al Wenner-Gren Colloquium on International Aspects of Anthropological Publications, Burg Wartenstein. Austria, Ms.
1982. Presentación al panel: La Antropología en la Argentina. Actualidad y Perspectivas. Organizado por el Centro de Antropología Social, IDES. SHA Buenos Aires, Ms.
[1960-1961] 2007. *Chiapas en las notas de campo de Esther Hermitte*. Prólogo y edición de Andrés Fábregas Puig y Rosana Guber; GTTCE-IDES (org.). San Cristóbal las Casas, Universidad Intercultural de Chiapas.
- Hermitte, Esther y Carlos Herrán
1970. ¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino. *Revista Latinoamericana de Sociología* 2: 293-317.
- Hermitte, Esther, Nicolás Iñigo Carrera y Alejandro Isla
1996. *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la Provincia del Chaco, y políticas para su integración a la sociedad nacional*. Posadas, Editorial Universitaria.
- Herrán, Carlos A.
1987. Antropología Social en la Argentina: Apuntes y perspectivas. *Simposio sobre teoría e investigación de la Antropología Social Mexicana*, Mayo 11-14, El Colegio de México, Ms.
- Kriscautzky, Néstor
1999. *Arqueología de Fuerte Quemado de Yokavil*. Catamarca, Publicación de la Dirección Provincial de Cultura.
- Lafón, Ciro R.
1958-1959. Reflexiones sobre la arqueología argentina del presente. *Anales de Arqueología y Etnología* XIV-XV: 19-33. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
1960-1965. Fiesta y religión en Punta Corral (Pvcia. De Jujuy). *Runa* X (1-2): 256-287
1969-1970. Notas de Etnografía Huichaireña. *Runa* XII (I-II): 273-328.
1971. El replanteo para la arqueología del nordeste argentino. *Antiquitas* 14: 1-16. Buenos Aires, Universidad del Salvador.
- Laguens, Andrés
1999. *Arqueología del contacto hispano-indígena. Un estudio de cambios y continuidades en las Sierras Centrales de Argentina*. Oxford, BAR Internacional series 801.
- Laguens, Andrés y Mirta Bonnin
1987. Espacio, paisaje y recursos. Estrategias indígenas alternativas y complementarias en la cuenca del río Copacabana (Dpto. Ischilín, Córdoba, Argentina). *Publicaciones del Instituto de Antropología* 45: 159-200. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

1998. Pensamiento y práctica de la arqueología en Córdoba. *Estudios* 10: 9-16. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.

Lazzari, Axel

2002. El *Indio Argentino* y el discurso de cultura: del Instituto Nacional de la Tradición al Instituto Nacional de Antropología. En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.), *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*, pp. 153-201. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

Malinowski, Bronislaw

[1922] 1986. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Madrid, Bruguera.

Manasse, Bárbara

1999. La arqueología de rescate. Su práctica en la Argentina. *Publicaciones de Arqueología* 50: 51-58. Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Márquez Miranda, Fernando

1962. Discurso de apertura. *Primeras Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía*. Buenos Aires 11 al 15 de noviembre de 1957, (s/p).

Menghin, Oswald

1954. Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia. *Runa* V: 23-43.

Menghin, Oswald y Alberto R. González

1954. Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba, R. Argentina. *Notas del Museo de La Plata* XVII (67): 214-274. La Plata.

Meister, Albert; Susana Petrucci y Elida Sonzogni

1963. *Tradicionalismo y cambio social*. Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral.

Menéndez, Eduardo

1968. Correo Antropológico. *Actualidad Antropológica* 3: 48-50. Olavarría.

1970. Ideología, ciencia y práctica profesional. En: Alain Touraine (ed.), *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, pp.102-124 Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.

Mora y Araujo, Manuel (comp.).

1968. *Los métodos cualitativos de investigación social*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Núñez Regueiro, Víctor

1972. Conceptos teóricos que han obstaculizado el desarrollo de la arqueología en Sud-América. *Estudios de Arqueología* 1: 11-35. Cachi, Museo Arqueológico de Cachi.

1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* V: 169-190. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Orquera, Luis; Arturo Sala, Ernesto Piana y Alicia Tapia

1978. *Lancha Packewaia: arqueología de los canales fueguinos*. Buenos Aires, Ed. Huemul.

Palavecino, Enrique

1948. Noticia preliminar sobre un viaje arqueológico a Goya. *Notas del Museo de La Plata* XIII, Antropología 52: 253-257. Instituto del Museo de la Universidad Nacional de La Plata.

Pegoraro, Andrea

2005. 'Instrucciones' y colecciones en viaje. Redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los Territorios Nacionales. *Anuario de Estudios en Antropología Social* 2: 49-64.

Pérez Gollán, José y Osvaldo Heredia

1987. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178. Buenos Aires.

Podgorny, Irina

2000. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, museos, estudiosos y universidad en la Argentina, 1875-1913*, Buenos Aires, Eudeba.

2002. "Ser todo o no ser nada". El trabajo de campo en la Patagonia argentina de fines del siglo XIX. En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.), *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*, pp. 31-77. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

2004. "Tocar para creer". La arqueología en la Argentina, 1910-1940. *Anales del Museo de América* 12: 147-182. Madrid.

Politis, Gustavo G.

1984. Investigaciones arqueológicas en el Area Interserrana Bonaerense. *Etnia* 32: 7-52. Olavarría.

1995. The socio-politics of the development of archaeology in hispanic South-America. En: P. Ucko (ed.), *Theory in Archaeology. A World Perspective*, pp. 197-235. London, Routledge.

Politis, Gustavo y José Pérez Gollán

2004. Latin American Archaeology: from colonialism to globalization. En: L. Meskell y R. Preucel (eds.), *A Companion to Social Archaeology*, pp. 353-373. Oxford, Blackwell Publishing.

Roca, Andrea

2006. *Objetos ajenos, historias compartidas: los usos del tempo en un museo etnográfico*. Tesis de Maestría, Programa de Pos-graduação em Antropología Social. Río de Janeiro, Museu Nacional de Río de Janeiro.

Rodríguez, Amílcar

1975. Desarrollo del Programa de Estudios Interdisciplinarios propuestos por el Centro de Investigaciones Regionales para el río Uruguay medio. *Abá-Ará* 1 (1): 45-47. Concordia, Centro de Investigaciones Regionales.

Sanguinetti de Bórmida, Amalia C.

1974. Investigaciones arqueológicas en Loma de la Lata, Planicie Banderita y Bajo de Mari Menuco (Provincia de Neuquén). *Relaciones* VIII: 289-310. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Sanguinetti, Amalia y Ana M. Mariscotti

1958-1959. Notas para el estudio de la cultura de la Puna. *Runa* IX (1-2): 195-206.

Serrano, Antonio

1945. *Los Comechingones. Serie Aborígenes Argentinos*. Córdoba. Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Córdoba.

Silvetti, Felicitas

1999. La cabra es la vaca de los pobres. Los campesinos capricultores del Noroeste de Córdoba desde una perspectiva socioantropológica. *Ciencias Sociales*, 2-3: 47-58. Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Sociedad Argentina de Antropología

1942. *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología* 1-3, Buenos Aires.

1945. *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología* 9, Buenos Aires.

Tarragó, Myriam

1974. Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el valle Calchaquí, provincia de Salta, Argentina. *Revista del Instituto de Antropología* V: 196-216. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

2003. La arqueología de los valles calchaquíes en perspectiva histórica. Suecia *Anales del Museo de Gotemburgo*, pp. 13-42. Museo de Gotemburgo, Gotemburgo.

Tarragó, Myriam y Víctor Núñez Regueiro

1972. Un diseño de investigación arqueológica sobre el Valle Calchaquí: fase exploratoria. *Estudios de Arqueología* 1: 62-85. Cachi, Museo Arqueológico de Cachi.

Vecchioli, Virginia

2002. A través de la etnografía. Representaciones de la nación en la producción etnográfica sobre los tobos. En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.), *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*, pp.203-227. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

Vessuri, Hebe M. C.

1971. *Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero, Argentina*. Oxford, University of Oxford, Linacre College, Doctoral Thesis.

[1973] 2002. La observación participante en Tucumán 1972. En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.), *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*, pp.289-315. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

1974. Técnicas de recolección de datos en la antropología social. *Etnía* 18: 3-20.

1977. Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social. En: Esther Hermitte y Leopoldo Bartolomé (comps); *Procesos de articulación social*, pp. 196-237. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

1992. Las ciencias sociales en la Argentina. En: Enrique Oteiza (comp.); *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, pp. 339-363. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Vessuri, Hebe y Santiago Bilbao

1976. Campo de Herrera, Tucumán. The first cooperative for agricultural work in Argentina, five years after its creation. En: June Nash, N. Hopkins *et al.* (eds.), *Popular participation in social change. Cooperatives, collectives and nationalised industry*, pp. 211-231. Holanda-Francia, Mouton.

Visacovsky, Sergio

2002. Santiago Bilbao y el folklore como el pasaje a una antropología de la gestión estatal. En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.); *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*, pp. 347-375. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

Watson, Patty J., Steven A. LeBlanc y Charles L. Redman

1972. *El método científico en arqueología*. Madrid, Alianza Universidad.